

# Prólogo

por Fernando de Terán

**L**A realidad urbana actual de La Plata suscita dos tipos de reacciones contrapuestas. Por una parte, produce la complacencia y la satisfacción admirativas de lo hermoso y singular. Por otra, la indiferencia despectiva que se siente ante la vulgaridad y la falta de interés.

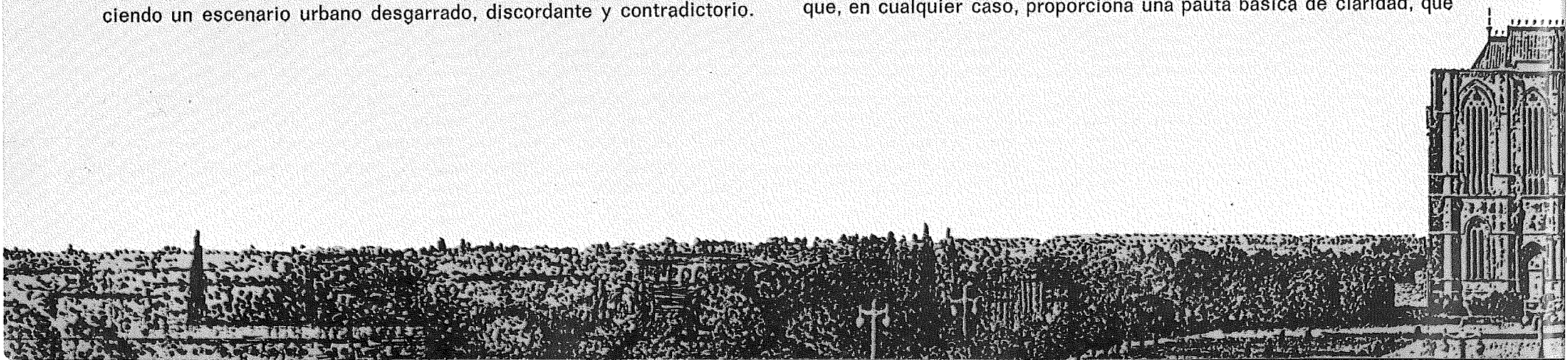
Tal diversidad responde a dos diferentes formas de percibir y valorar la mezcla de elementos que configuran aquella realidad. En ella se da, por una parte, una permanencia muy patente de valiosos componentes legados por el período de desarrollo que siguió a la fundación, que permiten comprobar cómo fue concebida la ciudad y cómo empezó a materializarse su creación, de acuerdo con un proyecto unitario y coherente de gran calidad.

Pero esos componentes se encuentran entremezclados con otros elementos posteriores no menos condicionantes por lo que respecta a la percepción completa de la imagen urbana actual, que rompen brutalmente con los resultados de aquel planteamiento inicial, produciendo un escenario urbano desgarrado, discordante y contradictorio.

Si la percepción se agotase en la visión inmediata de este panorama abigarrado y en gran medida banal, se desembocaría directamente en la actitud de indiferencia o repulsa. Pero no puede evitarse, al mismo tiempo, el reconocimiento de ciertos valores ambientales que no pueden pasar desapercibidos. Por eso, al lado de aquella actitud cabe una profundización apreciativa que, basándose en esas pervivencias todavía muy operantes en muchos sentidos, descubre valores ocultos a través del valor patente de las mismas. Es ésta una operación apasionante, para quien quiere y puede hacerla, pero que no puede hacerse sin el concurso de la historia.

La ciudad conserva, en efecto, elementos más que suficientes para recomponer idealmente su inicial escala y concepción. Es uno de sus atractivos más claros. Están ahí, para ello, casi todos los grandes edificios singulares, erguidos en su empaque y vocación de monumentalidad, que debieron resaltar inequívocamente en su día, por forma y dimensión, sobre la pequeña escala general de la trama urbana. Esta se desplegaría homogéneamente, confiriendo continuidad a las manzanas, a través de la sucesión de unos pocos tipos de vivienda repetidos, pero siempre variados en el juego de un rico diseño que se manifiesta en tanta cornisa profusamente moldurada, en el ornamento de los marcos de puertas y ventanas, en los herrajes de los balcones... También subsiste en gran parte el poderoso efecto producido por el bien proporcionado y bien situado conjunto arbóreo, que enmarca y acompaña a la arquitectura.

Pero además está, quizá por encima o por debajo de todo, la forma de la ciudad. Una forma global que, aunque directamente no es perceptible, todo el mundo puede construir mentalmente con facilidad y que, en cualquier caso, proporciona una pauta básica de claridad, que



no ha sido esencialmente dañada por la brutal ruptura de la escala vertical y de la unidad estilística.

Porque La Plata es una ciudad nacida y desarrollada inicialmente con una dominante, casi obsesiva, voluntad de forma. Por eso su proyecto, que por razones coyunturales diferentes a las que avalaban a la cuadrícula colonial española hubo de satisfacer los requisitos de un instrumento eficaz para un desarrollo expeditivo y veloz, se diferenciaba esencialmente de ella en esa voluntad de forma final. No era el simple esquema ilimitado e isotropamente crecedero. Era una idea completa de ciudad acabada, a la que se incorporaba un sistema que garantizaba la obtención final de aquella idea, a través de un proceso de desarrollo previamente ajustado que, una vez lanzado, podía funcionar casi automáticamente. Ese sistema, como se analiza detenidamente en este libro, se basaba en tres elementos fundamentales.

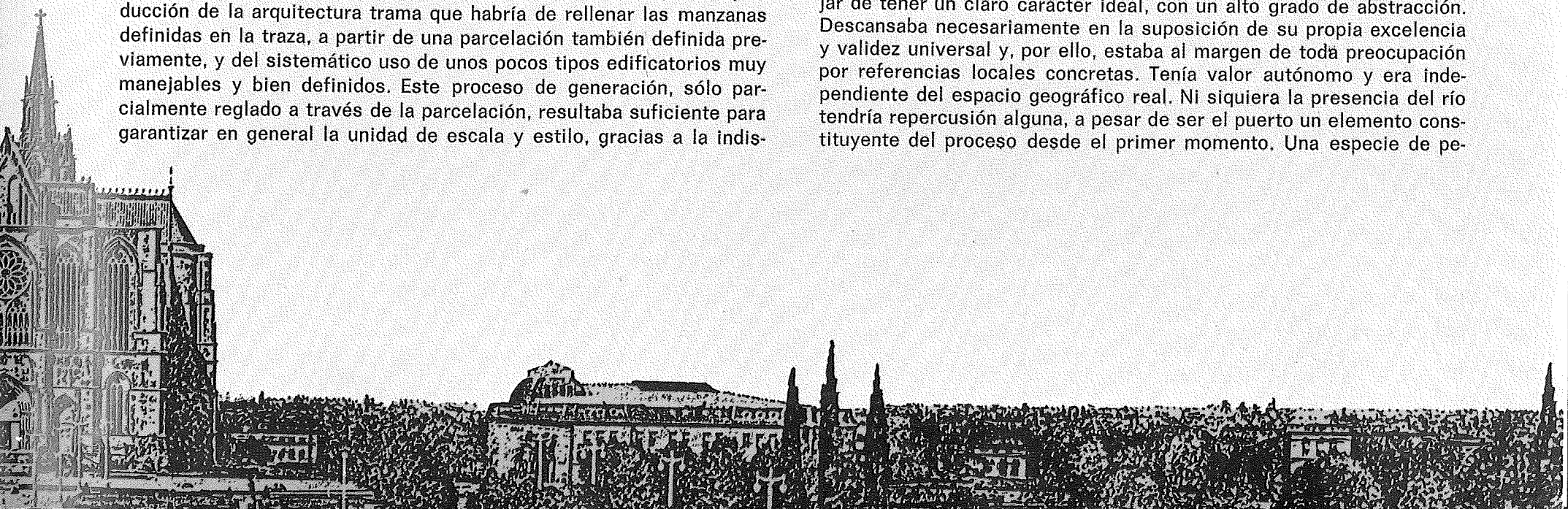
En primer lugar estaba la fijeza de la traza, determinada de una vez por todas como soporte básico de todo lo demás. Su elección tiene algo de verdadero acto de fe, de apuesta decidida para siempre en función de una supuesta excelencia que, para mayor rotundidad y nitidez, se inscribe en un cuadrado.

En segundo lugar se establecía un proceso morfotipológico de producción de la arquitectura trama que habría de rellenar las manzanas definidas en la traza, a partir de una parcelación también definida previamente, y del sistemático uso de unos pocos tipos edificatorios muy manejables y bien definidos. Este proceso de generación, sólo parcialmente reglado a través de la parcelación, resultaba suficiente para garantizar en general la unidad de escala y estilo, gracias a la indis-

cutida aceptación de un código formal y tecnológico con escasas variantes.

Finalmente, el tercer elemento lo daba la introducción de los edificios singulares. Localizados previamente con una intención compositiva que tenía en cuenta globalmente todo el conjunto urbano, estaban concebidos como hitos simbólico-visuales, capaces de referenciar el espacio con su excepcionalidad formal y dimensional. También en este caso estaba garantizada previamente la coherencia estilística y el ajuste de la inserción en el todo urbano, porque funcionaba igualmente un código universal que excluía de antemano la discordancia. De ahí la posibilidad, realmente utilizada, de encargar estos elementos antes de tener preparado su sitio como piezas **ready-made**, prediseñadas, en cierto modo intercambiables, como elementos que vendrían a ocupar la correspondiente casilla del tablero de ajedrez, sin especiales condicionamientos de entorno. Es aquí donde se ve más claramente la inadecuada caracterización que se ha hecho a veces de la ciudad como un producto posbarroco. Aquí no hay búsqueda de efectos visuales complejos, con resonancias formales intencionadas, con reiteraciones, continuidades o contrastes a conseguir por el sabio intercambio de unas formas con otras.

El producto esperable como resultado de tal proceso no podía dejar de tener un claro carácter ideal, con un alto grado de abstracción. Descansaba necesariamente en la suposición de su propia excelencia y validez universal y, por ello, estaba al margen de toda preocupación por referencias locales concretas. Tenía valor autónomo y era independiente del espacio geográfico real. Ni siquiera la presencia del río tendría repercusión alguna, a pesar de ser el puerto un elemento constituyente del proceso desde el primer momento. Una especie de pe-





dúnculo adaptable proporcionaba el enlace acuático con el cuadrado perfecto situado tierra adentro, y sólo el bosque de eucaliptos representaría la incorporación de una preexistencia local, aunque bien recortado y geometrizado para su inserción en la traza, proporcionando el parque de la ciudad. Así, la forma, como modelo ideal para la realidad, pudo coincidir con la idea como forma de la realidad, en una seguramente inadvertida actitud platonizante, de larga tradición urbanística.

Sin embargo, el proceso de desarrollo histórico real no iba a responder más que parcialmente al mecanismo previsto, una vez pasadas unas primeras décadas de funcionamiento. Durante esas décadas se consolidaron las bases de una parte fundamental de la fisonomía urbana y de toda la organización espacial: materialización de la traza, plantación del conjunto vegetal, erección de edificios de función directiva y monumental, consolidación de manzanas a través del proceso encomendado a la parcelación y al tipo arquitectónico... Y ello puso las bases de la ciudad que hoy tenemos.

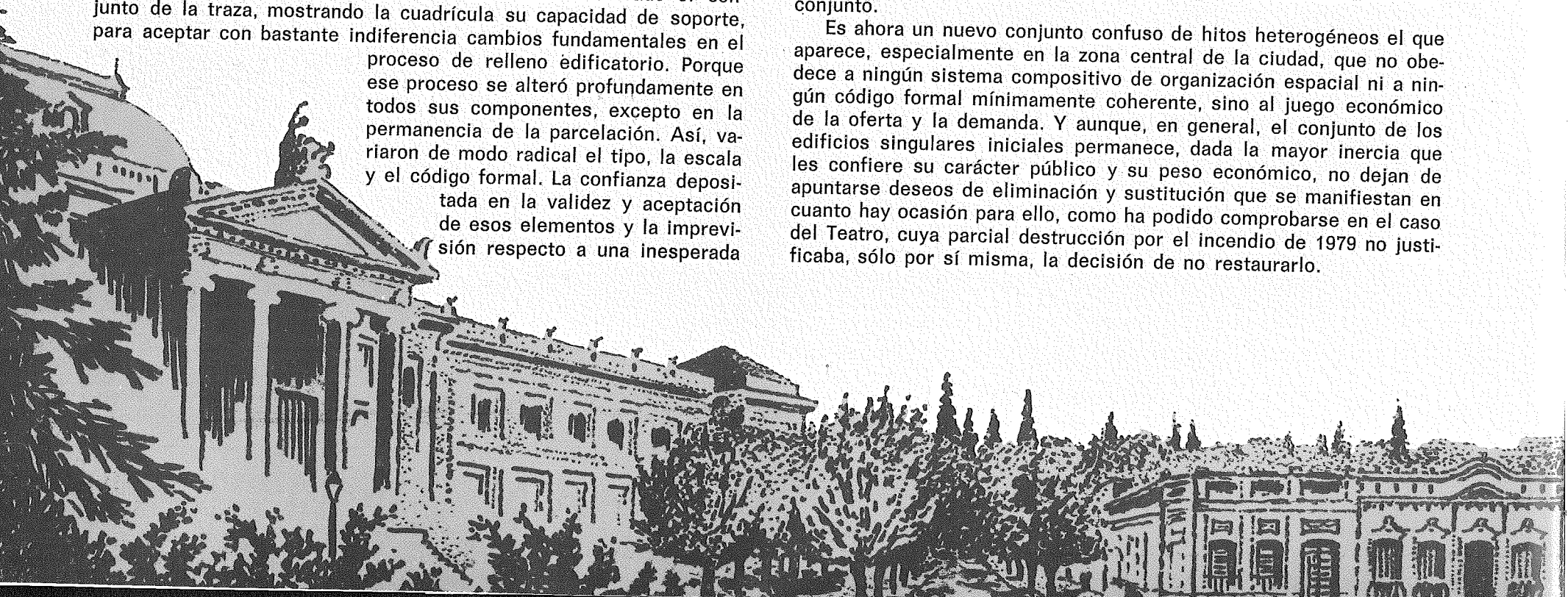
Pero ¿qué ocurrió después? Permaneció casi inalterado el conjunto de la traza, mostrando la cuadrícula su capacidad de soporte, para aceptar con bastante indiferencia cambios fundamentales en el proceso de relleno edificatorio. Porque ese proceso se alteró profundamente en todos sus componentes, excepto en la permanencia de la parcelación. Así, variaron de modo radical el tipo, la escala y el código formal. La confianza depositada en la validez y aceptación de esos elementos y la imprevisión respecto a una inesperada

transformación drástica de las posibilidades tecnológicas de la construcción habían llevado a descuidar la base normativa reguladora. Se había dado por descontada la permanencia de aquella validez, y esa ausencia normativa es lo que convirtió a la traza inalterada en soporte de un desarrollo arquitectónico completamente diferente del previsto, no sólo para el relleno de partes aún desocupadas, sino también en la eliminación y sustitución de edificación ya construida.

Así, el proceso se caracterizó tanto por la sustitución de los tipos arquitectónicos iniciales y por el cambio de código formal como por el aumento de la intensidad del aprovechamiento volumétrico de la parcela, que se manifiesta especialmente en la ruptura de la horizontalidad dominante anterior, por la presencia nueva de enhiestos sólidos verticales sembrados azarosamente, de tamaño muy superior al de los edificios monumentales iniciales.

En la nueva competencia dimensional así surgida, éstos ya no pueden aparecer como los hitos dominantes que fueron proyectados y, al quedar empujados, dejan de cumplir una de las funciones principales que se les habían confiado, tanto individualmente como en conjunto.

Es ahora un nuevo conjunto confuso de hitos heterogéneos el que aparece, especialmente en la zona central de la ciudad, que no obedece a ningún sistema compositivo de organización espacial ni a ningún código formal mínimamente coherente, sino al juego económico de la oferta y la demanda. Y aunque, en general, el conjunto de los edificios singulares iniciales permanece, dada la mayor inercia que les confiere su carácter público y su peso económico, no dejan de apuntarse deseos de eliminación y sustitución que se manifiestan en cuanto hay ocasión para ello, como ha podido comprobarse en el caso del Teatro, cuya parcial destrucción por el incendio de 1979 no justificaba, sólo por sí misma, la decisión de no restaurarlo.



El resultado, a los cien años de la fundación de la ciudad, es esa imagen distorsionada e incongruente a la que ya nos hemos referido: restos materiales de la idea-forma inicial, suficientes como para permitir construir la evocación de lo que empezó a ser la ciudad y de lo que podría haber llegado a ser, pero semisepultados por la impactante presencia de una nueva realidad contradictoria con aquélla. Imagen rota, fragmentada, discordante.

Y es esta imagen la que da lugar a aquellas dos formas de lectura a que aludíamos al principio, al hablar de dos tipos de reacciones: la objetivista y empírica, pretendidamente basada en la simple percepción de la realidad sensible, y la historicista, construida por referencia a un contexto histórico y cultural y a un proceso de desarrollo en el tiempo, que incluye elementos de evocación y de reconstrucción imaginaria, hechas a partir de los restos del naufragio.

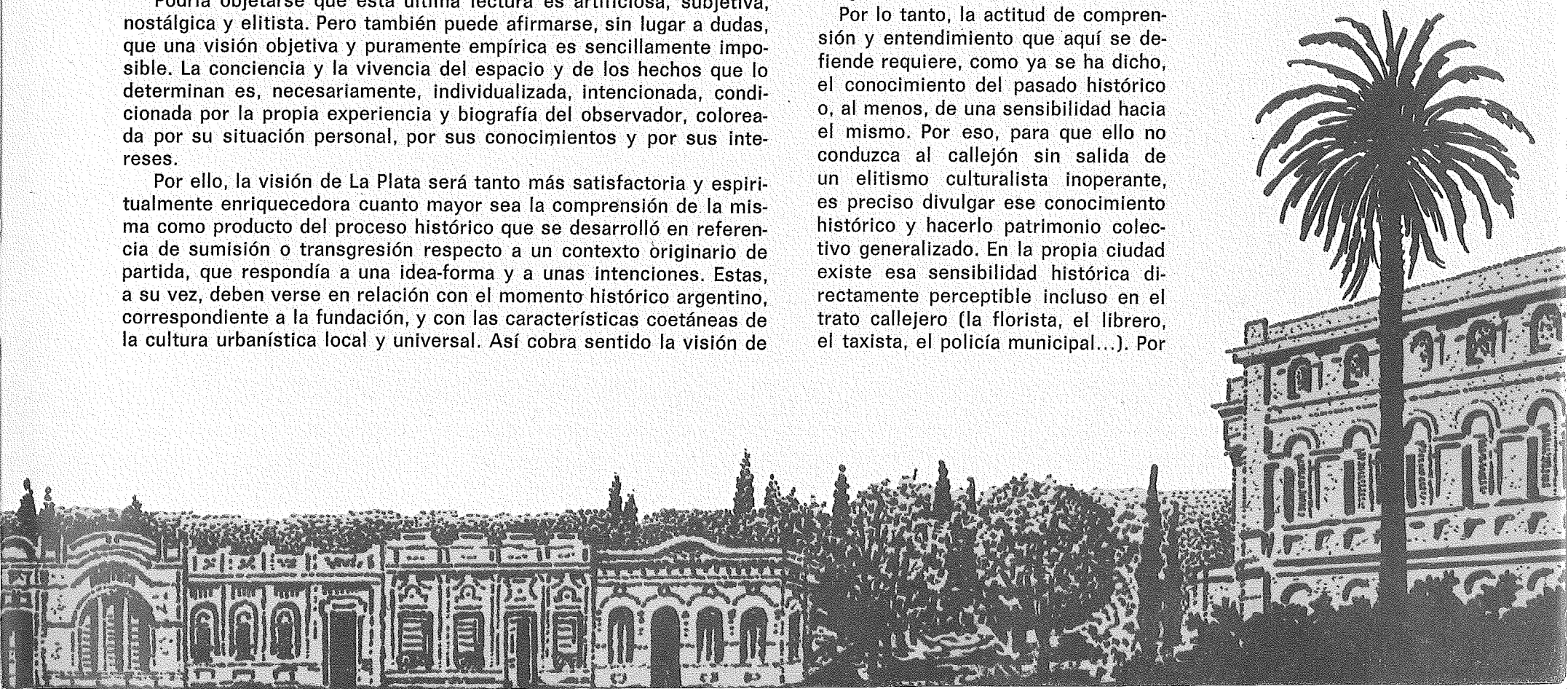
Podría objetarse que esta última lectura es artificiosa, subjetiva, nostálgica y elitista. Pero también puede afirmarse, sin lugar a dudas, que una visión objetiva y puramente empírica es sencillamente imposible. La conciencia y la vivencia del espacio y de los hechos que lo determinan es, necesariamente, individualizada, intencionada, condicionada por la propia experiencia y biografía del observador, coloreada por su situación personal, por sus conocimientos y por sus intereses.

Por ello, la visión de La Plata será tanto más satisfactoria y espiritualmente enriquecedora cuanto mayor sea la comprensión de la misma como producto del proceso histórico que se desarrolló en referencia de sumisión o transgresión respecto a un contexto originario de partida, que respondía a una idea-forma y a unas intenciones. Estas, a su vez, deben verse en relación con el momento histórico argentino, correspondiente a la fundación, y con las características coetáneas de la cultura urbanística local y universal. Así cobra sentido la visión de

la realidad como un producto social y cultural concreto. Porque la comprensión de una realidad cultural sólo puede darse a través del conocimiento de su historia, ya que esa historia es su condicionante básico.

¿Qué ocurriría, por el contrario, si se procediese a la negación de esa historicidad y se pretendiese una valoración (imposible) sólo a través de la simple percepción sensorial? ¿Qué pasaría si se pudiese prescindir totalmente de la evocación del pasado y del conocimiento del proceso de desarrollo de la ciudad y sus claves históricas? Sencillamente, que desaparecería la forma de percibir muchos de sus mayores valores y atractivos, los cuales están precisamente, como venimos diciendo, en aquella capacidad de sugerencia y evocación. Que la ciudad se vulgariza, se trivializa, pierde su personalidad, lo que en gran medida la hace ser ella misma.

Por lo tanto, la actitud de comprensión y entendimiento que aquí se defiende requiere, como ya se ha dicho, el conocimiento del pasado histórico o, al menos, de una sensibilidad hacia el mismo. Por eso, para que ello no conduzca al callejón sin salida de un elitismo culturalista inoperante, es preciso divulgar ese conocimiento histórico y hacerlo patrimonio colectivo generalizado. En la propia ciudad existe esa sensibilidad histórica directamente perceptible incluso en el trato callejero (la florista, el librero, el taxista, el policía municipal...). Por





eso es bien posible, a partir de ahí, difundir el aumento del conocimiento del pasado y hacer que entre a formar parte de la conciencia popular de forma bien definida, estimulando esa sensibilidad receptiva existente.

Es, pues, necesaria una generalización de la educación histórica que permita a todo el mundo participar de la visión con la que es preciso situarse ante La Plata. Tanto para gozar de ella como para exigir que cesen los atentados destructores de su historicidad. Porque sólo la valoración de ésta de modo generalizado hará posible y operante una actitud de respeto hacia lo mejor que tiene la propia ciudad, y ello será tanto más posible cuanto más extenso y colectivo sea el conocimiento histórico. En ese sentido, está bien claro que es ese conocimiento el que puede actuar de antídoto contra tentaciones desarrollistas que, amparadas en excusas de modernización, lo que hacen es continuar e proceso de destrucción de los más altos valores de la ciudad que constituyen, y así deben ser considerados, un verdadero patrimonio social.

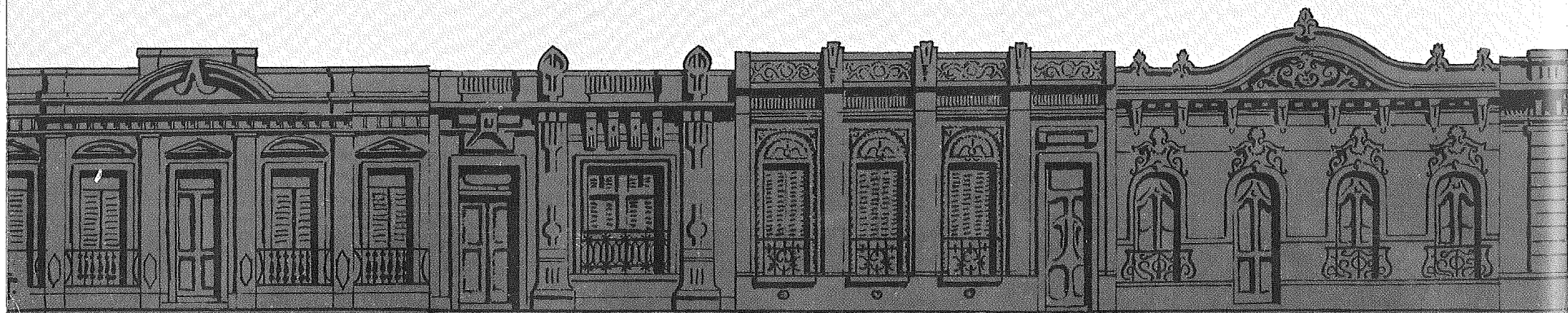
Ahora bien: dicho todo esto, serán convenientes unas precisiones para evitar posibles equívocos de interpretación. Porque lo que aquí se está defendiendo no es una actitud puramente resurreccionista, que estaría justamente condenada a la inanidad o al rechazo, como incompatible con las características del uso que necesariamente debe hacerse hoy de la ciudad, tan diferentes de las de aquel para el que fue proyectada hace cien años.

Porque una actitud historicista no es, como frecuentemente parece creerse, una actitud inmovilista, obsesivamente fijada en el pasado, añorante y nostálgica, postulando imposibles resurrecciones pastichistas.

Una actitud historicista es aquella que concede un valor primordial

a la historia. Pero la historia no está escrita de antemano ni predeterminada, sino que se hace en cada momento. Y así, no puede pretenderse la existencia de unas condiciones que configurasen una especie de naturaleza propia de la ciudad, que se desarrollaría obligatoriamente, como un ser viviente o como un mineral en proceso de cristalización, con sujeción a las leyes inexorables de esa naturaleza, tal como han querido, de diversos modos, el organicismo, el funcionalismo, el estructuralismo, la teoría de sistemas e incluso un cierto marxismo estructuralista de gran repercusión. Ni tampoco es posible mantener la ilusión de una idea-forma platónica predeterminada e inmutable, descansando esta vez el desarrollo en el determinismo de unas leyes formales o de unas relaciones numéricas de validez eterna. Haciendo una traslación de una conocida frase de Ortega y Gasset, puede decirse que la ciudad no tiene naturaleza, sino historia. Y haciendo lo mismo con otra de Sartre, puede añadirse que no tiene esencia, sino existencia. Lo cual quiere decir que, como producto humano y como fenómeno cultural, no está sometida a ningún determinismo, sino que se mueve en la contingencia, la indeterminación y la libertad y que, por lo tanto, cabe la intervención para modificar en todo momento su desarrollo, condicionándolo voluntariamente en función de legítimos intereses humanos, y que ello difícilmente puede hacerse aplicando inadecuadas metodologías científicas de filiación positivista.

Pero intereses legítimos no pueden ser nunca aquellos que producen la destrucción de un patrimonio social. Intereses legítimos no pueden ser los que, a impulsos de beneficios privados, siembran azarosamente la ciudad de desproporcionados paralelepípedos con una ocupación del suelo a todas luces abusivas, que sólo puede conducir a la larga a una ciudad maciza en altura, cuya sola evocación sobrecoge. El libre juego del capital sobre la cuadrícula debe ser sometido a una



regulación de conjunto que valore tanto la conservación y el enmarque ambiental de los elementos testimoniales del pasado como los previsibles resultados globales de esa misma regulación, en tanto que configuradores de una imagen total de ciudad futura.

Es sabido que se han hecho valiosas propuestas que apuntan más o menos en esa dirección, y que el propio Plan Regulador vigente contiene indicaciones en ese sentido. Pero también es sabido que nada de ello ha sido mínimamente operante, porque nada de ello ha pasado a ser propuesta teórica sin respaldo político.

En este libro se trata de hacer una profundización en el conocimiento de los valores de La Plata, con énfasis fundamental en el proceso de su creación y evolución histórica. Como producto académico y costoso que es, difícilmente podrá actuar en forma directa como estímulo de la sensibilidad histórica colectiva que es necesario potenciar. Pero sí puede jugar el papel de desencadenante de un proceso de divulgación que habrá de ser instrumentado, con apoyo en la existente sensibilidad pública, cuando se den las condiciones políticas para ello. También en esto manda la historia que hacen los hombres.

Así pues, el propósito fundamental es aumentar la percepción del valor de la ciudad y el deseo de preservarlo, a través del conocimiento de su historia como proceso de ideación y de configuración de su forma. También, complementariamente, a través del conocimiento de su funcionamiento estructural, como expresión de la manera de ser utilizada la forma. De ambos conocimientos se pueden deducir directrices para la puesta en marcha de un nuevo proceso de ideación, conducente a definir una nueva manera de tratar la ciudad que detenga el actual proceso de pérdida de identidad.

Para ello, sin embargo, no se utiliza ni se propone ninguna especie de panacea metodológica. No se quiere caer en la tentación o el en-

gaño de inventar nuevas sugestivas formas de determinismo, nuevas supuestas leyes formales o sociales condicionando inexorablemente el desarrollo urbano. Tampoco se aceptan con carácter unitario y excluyente las que vienen utilizándose como coyunturales y socorridos asideros por parte de quienes no pueden soportar la incomodidad de la incertidumbre, la ambivalencia del pluralismo y la grandeza de la contingencia del acto creador. Por eso no es justificable la exaltación hegemónica de ciertos reduccionismos y simplificaciones en los que trata de encontrarse cada pocos años una nueva metodología indiscutible, una ortodoxia tranquilizante capaz de proporcionar las reconfortantes certezas que, en realidad, nos niega hoy una visión más lúcida y menos temerosa, más auténticamente historicista y más arriesgada personalmente, de la realidad cultural que vivimos. Desde ésta, nadie puede erigirse, sin frivolidad o fingimiento, en vendedor de confianzas, ortodoxias, certidumbres o concepciones unitarias, indiscutibles y excluyentes.

Desde esa actitud de pluralismo metodológico y de escepticismo doctrinal está planteada y desarrollada la labor que se presenta en este libro. Es esperable que esa misma falta de adscripción a una tendencia, sincera y abiertamente confesada, pueda contribuir a facilitar la consecución más generalizada de los objetivos que persigue, poniendo en movimiento mecanismos variados de comprensión y de valoración e incluso reacciones emocionales que conduzcan a la creación del clima social que la ciudad merece y necesita. Al fin y al cabo, este libro tiene su arranque inicial en una reacción de ese tipo: la de un arquitecto español que llegó por primera vez a La Plata en 1974 y se propuso penetrar a fondo en sus encantos, porque se había enamorado de ella.

Madrid, 19 de noviembre de 1982

